

## DEBATE

### *Republicanism, socialismo y fraternidad*

## EL TERRITORIO DE LA POLÍTICA

Antonio García Santesmases

¿Qué fue de Toni Domènech?

Confieso que llevaba años preguntándome que había sido de Toni Domènech. No lograba compaginar al autor de aquellos artículos sobre el movimiento comunista de los años setenta en la revista *Materiales*, y sobre el movimiento pacifista a principio de los ochenta en *Mientras Tanto* con el traductor de Rawls, y no digamos de Pettit.<sup>1</sup> Por cierto, el libro de Toni sale cuando sigue arreciando el debate en España acerca de las virtudes del profesor australiano. ¡Cuánto mejor sería que nuestros políticos de izquierda leyeran este libro de Domènech y no las elucubraciones del autor de *Republicanism*!<sup>2</sup>

*El eclipse de la fraternidad* propicia una lectura republicana de la historia socialista y una lectura socialista de la historia del republicanism. Estamos igualmente ante un alegato contra las formas habituales de hacer filosofía política. Estamos y —esto es para mí lo más importante— ante una propuesta para pensar la política, para penetrar en el auténtico territorio de la política, una propuesta que creo es imprescindible para entender los conflictos que nos acechan en el siglo que estamos comenzando.

### I) Narrar una historia

Dejaré para el final las consecuencias de la obra de Domènech a la hora de formular la necesidad de hacer filosofía política de una manera distinta a la habitual y pasaré a dar cuenta de la historia que Domènech con pasión y agudeza nos narra. Es una historia que a toda persona de izquierda debería de interesar y que a todo filósofo político debería de concernir pero que, dada la situación en la que nos encontramos, puede no recibir la atención que merece. Domènech cita con profusión a Marx, a Engels, a Lenin, a Trotsky, a Gramsci, a Bebel, a Kautsky, a Rosa Luxemburgo o a J. Jaures. Cita a los clásicos de la historia del socialismo pero esa historia es hoy tan desconocida en los medios académicos que uno no puede sino preguntarse cuántos de nuestros docentes y de nuestros alumnos en las facultades de filosofía conocen estos clásicos. Perry Anderson no era muy optimista en este sentido cuando daba cuenta de los años transcurridos desde la aparición de la *New Left Review* y decía: «Todo el horizonte de referencia en el que se formó la generación de la década de 1960 ha sido barrido del mapa: los hitos del socialismo reformista y revolucionario por igual. A la mayoría de los estudiantes, la lista de nombres de Be-

bel, Bernstein, Luxemburg, Kautsky, Jaurés, Lukács, Lenin, Trotsky, Gramsci, les resulta hoy tan remota como una lista de obispos arrianos. Cómo retener hilos de significado entre el siglo pasado y éste será uno de los cometidos más delicados y difíciles que debería arrostrar toda revista que se tome en serio el término «izquierda».<sup>3</sup> Cualquier lector de *El eclipse de la fraternidad* observará que todos los autores que Perry Anderson cita aparecen en la obra de Domènech. Para él no son obispos arrianos, son momentos esenciales de una tradición sin la cual no se puede pensar la política en la actualidad.

Somos pocos los que tenemos ese interés y por ello saltan en seguida todas las alarmas; es lo que creo me ha ocurrido a mí; he tenido la sensación, al leer y disfrutar con esta obra, que al ponerme a escribir este comentario corro un peligro. Las consideraciones críticas que voy a realizar pueden ser entendidas como una querrela entre teólogos, como una querrela en las que nos lanzamos unos a otros la lectura que cada uno hacemos de nuestros clásicos y la interpretación que cada uno hacemos de nuestra historia, corriendo el peligro de ser vistos por los demás como miembros de una tradición ininteligible.

No hay, sin embargo, más remedio que coger el toro por los cuernos aunque a algunos no les interese la corrida. En su libro Domènech establece una conexión entre el pensamiento de Marx y de Engels y la tradición republicana que creo no responde totalmente a la realidad. Es conocida la diatriba acerca de cómo había que entender la dictadura del proletariado en el pensamiento de Marx. Si hacemos caso al Lenin de *El Estado y la revolución*, en Marx se abona la tesis de la paulatina disolución del poder político, de la extinción del Estado. Esta tesis no es suficientemente subrayada en esta obra.<sup>4</sup> Yo creo que Marx tenía un optimismo extincionis-

ta que le hacía no valorar con suficiente rigor las dificultades del poder político postrevolucionario.

En mi libro *Marxismo y Estado*<sup>5</sup> me he referido a este punto al hablar del «Silencio de Carlos Marx» y al considerar que en esta ausencia de una teoría política en Marx está una de las causas para entender la dificultad con la que se encontraron los revolucionarios bolcheviques para afrontar los problemas posteriores a la revolución. Todo el debate que suscitó Bobbio en los años setenta acerca de si existía una teoría marxista del Estado, y si había una alternativa a la democracia representativa, me parece decisivo a la hora de comprender las decisiones que se toman en vida de Lenin, entre las cuales no es la menor la decisión de disolver la asamblea constituyente, la de prohibir la existencia de partidos políticos de oposición, la de reprimir la oposición obrera o la de impedir la existencia de tendencias en el seno del partido bolchevique. No me parece por ello convincente esta continuidad entre Marx y la tradición republicana, y todavía menos la conexión entre estos planteamientos republicanos y las tesis de Lenin.

Sí me parece, sin embargo, extraordinariamente penetrante el análisis que Toni Domènech establece de la socialdemocracia clásica. Todas las referencias al obrerismo, a la incapacidad de establecer una política de alianzas con los sectores republicanos, toda la dificultad a la hora de ofrecer un programa concreto a las reivindicaciones de la clase media y de los sectores campesinos, todas las referencias a los sectores excluidos del mundo de la clase obrera organizada, me parecen muy ajustados históricamente y de un tremendo interés a la hora de afrontar los problemas actuales.

Si pensamos en un mundo como el actual, donde se habla del fin del modelo socialdemócrata, de la crisis irreversible

del Estado del Bienestar, de la puesta en cuestión del modelo social europeo y de la dificultad para mantener la vigencia del pacto republicano al leer la obra de Domènch, uno se encuentra con páginas que remiten no al pasado sino al presente más inmediato. Pensemos, por ejemplo, en las tesis sociológicas acerca del fin de la clase obrera, del peligro de perder el apoyo de las clases medias para los proyectos de izquierda, del avance de las fuerzas neofascistas y del miedo provocado ante el fenómeno de la inmigración, que se presentan en muchas ocasiones como un fenómeno nuevo.

Si volvemos la vista atrás y recordamos todo lo que Toni cuenta acerca de los años veinte, de la crisis de los años treinta, del acceso de Hitler al poder, de las experiencias de Alemania, de Italia y de Austria los hilos de los que hablaba P. Anderson van apareciendo. Es cierto que la historia nunca se repite y a uno le gustaría que Domènch continuara su relato y, al modo como han hecho Hobbsbawn o Birbaum<sup>6</sup> siguiera narrando lo que ocurrió durante la segunda guerra mundial, el consenso que da luz al Estado del Bienestar, y la crisis posterior a los años setenta y lo que ha ocurrido tras la caída de los regímenes imperantes en los países del Este.<sup>7</sup>

El pensamiento de Domènch brilla con gran agudeza cuando muestra la importancia de la personalidad de Jaures y la incapacidad de la socialdemocracia clásica para entender lo que se estaba ventilando más allá del caso Dreyfuss. Son muy penetrantes las páginas donde diferencia las posiciones de Bernstein de las de Jaures, producto entre otras cosas de las diferencias entre las democracias parlamentarias y las monarquías puramente constitucionales.

No encuentro, sin embargo, la misma penetración a la hora de hablar de los avatares del socialismo español. La bi-

biografía que Domènch utiliza es sólida (Brenan, Malefakis, algunas reflexiones de Maurín, el testimonio de Barea) pero faltan muchas y decisivas cosas para entender los debates de aquellos años. Cuando uno piensa la política puede hacerlo como analista o estando abocado a jugar un papel de protagonismo. Es esa la razón por lo que tengo algún conocimiento de causa para pensar que el asunto fue más complejo de lo que Domènch afirma. Toni pone encima de la mesa temas que no se pueden soslayar: hasta 1910 el socialismo español no tiene ninguna representación parlamentaria; Pablo Iglesias no obtiene su escaño hasta esa fecha cuando el partido había sido fundado en 1879; la crítica al obrerismo estricto, incapaz de abrirse a otros sectores sociales, y el recuerdo de la discrepancia de Jaime Vera son pertinentes. Lo es también el rechazo a la postura tomada por el Psoc en los años veinte ante la dictadura de Primo de Rivera; pero donde encuentro mayores dificultades es en la incapacidad para entender lo que ocurrió en el socialismo español en los años treinta.

Es aquí donde me permito hacer un inciso personal. Cuando se fundó la Izquierda Socialista actual en el año 1979 no había agrupación del Psoc donde surgiera el recuerdo de aquella Izquierda Socialista de los años treinta. Todo lo que cuenta Domènch salía en los debates: la huelga insurreccional fallida en octubre del 34; la relación con el partido comunista antes y después del Frente Popular; la unificación de las juventudes socialistas y comunistas; el abandono que sufrió el gobierno republicano por parte de las democracias francesa y británica; y finalmente, tras la derrota, la ignominia del pacto entre Hitler y Stalin, el famoso pacto Molotov-Von Ribentrop.

Las vivencias de aquellos hombres les hacían considerar que había que tener

mucho cuidado con las divisiones internas dentro del partido y que había que prevenir cualquier radicalismo en el futuro. Los militantes veteranos eran habitualmente los más moderados. Y la pregunta obvia era qué tenía que ver la actual izquierda socialista con aquella izquierda socialista de los años treinta. La preocupación de aquellos militantes me hizo estudiar con cierto detenimiento aquella querrela.

Desde nuestro mundo nos parece que efectivamente la política de Prieto intentando sostener a todo costa la alianza con los republicanos de izquierda era la más sensata. Nos parece igualmente excesiva la cautela de Besteiro a toda política que trascendiera la defensa de los intereses estrictamente obreros y nos parece que la radicalización de Caballero acabó en un fiasco. Pero esto lo decimos desde un hoy donde nos parece plausible *La utopía de Manuel Azaña*.

Pero en aquellos tiempos el socialismo español tenía que lidiar con un anarquismo antipolítico que no veía diferencias entre república y monarquía; con las experiencias de Alemania y de Austria y con el peligro para la república que representaba el proyecto de Gil Robles. Creo que el debate en aquellos años fue mucho más intenso de lo que aparece en el capítulo que Domènech le dedica. Luis Araquistain desarrolló un pensamiento mucho más complejo del que aparece en el libro. Si uno lee los debates entre Araquistain y Besteiro con motivo del ingreso de este último en la academia de Ciencias Morales y recuerda las polémicas a las que se asomó Araquistain en la revista *Leviatán*, se encuentra con una evolución de gran interés que explica mucho de lo que ocurrió.<sup>8</sup>

El Psoe de los años treinta estaba en una situación imposible porque tenía que sostener a Azaña y competir con los anarquistas. Tenía que ser obrero y republicano. Ojalá fuera tan sencillo para la

clase obrera hegemonizar el demos y conseguir que los distintos sectores sociales fuesen capaces de sentirse arrastrados por esa hegemonía y representados en ese proyecto. El problema para Araquistain era que él había visto lo que ocurrió en Alemania y había seguido los acontecimientos de Austria. Por eso cuando habla de *La utopía de Manuel Azaña* no puede entender el odio de las derechas contra Manuel Azaña, o dicho de otra manera, lo entiende bien porque comprende la especificidad del caso español, pero la interrogante que aparece en sus escritos afecta a todo el socialismo europeo y se ciñe a la gran pregunta: ¿cómo sostener una república parlamentaria en el siglo de los extremos?<sup>9</sup>

En el socialismo español de los años treinta (pienso, por ejemplo, en Fernando de los Ríos) sí existían los que habían tematizado la conexión entre socialismo y republicanism, los que habían estudiado Teoría del Estado, los que conocían bien el pensamiento de Herman Heller y los avatares de la República de Weimar, y los que vivían la necesidad de conciliar los valores laicos y las reivindicaciones obreras.

¿Obrerismo estricto? Sólo hasta cierto punto, dado el influjo de la Institución libre de Enseñanza, dada la presencia de una pléyade de catedráticos en el mundo socialista (Negrín y Jiménez de Asua, Besteiro y De los Ríos o de grandes escritores como Araquistain o Zugazagoitia). No podemos olvidar que el secretario del Psoe en el exilio, Rodolfo Llopi, procedía del sector caballero del partido pero, a la vez, venía del mundo educativo. El problema tremendo del Psoe fue la enorme debilidad dentro de la burguesía española de las posiciones de Azaña y el carácter antipolítico del anarquismo español. Todo esto lo explican muy bien en sus *Memorias* Juan Simeón Vidarte y Julián Zugazagoitia.<sup>10</sup>

Tampoco me convencen mucho las páginas dedicadas a Largo Caballero. Fue Caballero el que logró movilizar a los sindicatos en defensa de la república y el que tuvo que sufrir las consecuencias de la política estalinista en España. Estudios recientes sobre su personalidad pueden ayudar a situar más acertadamente su figura.<sup>11</sup>

¿Por qué, sin embargo, mitificamos hoy a Azaña? Creo que porque no estamos abocados como aquellos dirigentes a tomar decisiones dramáticas. Queda lejos el dramatismo de aquellos años y, sin embargo, al leer a Azaña nos damos cuenta de cuánto perdió España con la derrota de la república. Nos damos cuenta de la precisión de su pensamiento y nos damos cuenta de que ha sido el gran ignorado en la transición política española. Todos los esfuerzos por alcanzar el consenso constitucional tuvieron un precio. Aquellos sofismas acerca de que lo importante no era elegir entre Monarquía o República sino optar entre dictadura o democracia, nos llevaron a una pérdida completa de la memoria histórica. Hoy se ha llegado todavía más lejos al pretender la derecha rescribir la historia y presentar la restauración de 1876 como un régimen realmente democrático y la república como un experimento semitotalitario.<sup>12</sup>

## II) Pensar la política

Si queremos mantener viva la tradición de la república laica son imprescindibles libros como el de T. Domènech. No tendrá futuro el laicismo sin recordar las dificultades que tuvo la tradición republicana para asentarse en Europa, sin comprender las diferencias entre la tradición europea y la norteamericana y sin conocer las dificultades de la tradición socialista a lo largo de su historia.

Pienso que Domènech no acierta al interpretar el pensamiento de Marx y creo

que no capta bien el debate del socialismo español en los años treinta, pero todo esto es secundario de cara a lo principal. Lo principal no es cómo interpretamos a los clásicos ni cómo damos cuenta de la historia del socialismo; lo principal es ser conscientes de la necesidad de que alguien ponga encima de la mesa esa historia. Coincido plenamente con Domènech es en que no es posible hacer Filosofía política sin tener en cuenta la perspectiva histórica, sin entender que no podemos hablar de Estado, soberanía, autodeterminación, tolerancia, laicismo, sociedad civil o ciudadanía sin tener en cuenta las enormes diferencias entre unas y otras tradiciones.

Pero no estamos sólo ante una cuestión teórica. Tampoco podremos evitar que el pacto republicano salte por los aires sin tener en cuenta la lección de los años treinta: también allí había exclusión social y existía el temor de las clases medias y rebrotaba el antisemitismo y también algunos pretendían monopolizar el sentimiento nacional. Frente a estos peligros que acechan hoy en el horizonte (pensemos en el debate en Francia) sólo aunando los valores republicanos y los valores socialistas es posible evitar que el eclipse de la fraternidad sea total.

Tres últimas consideraciones para terminar. Domènech capta muy bien la relevancia de los mitos en la vida política y la necesidad de no abandonar el legado republicano. Capta con acierto el peligro del encapsulamiento obrerista que acechó a la socialdemocracia clásica, pero hoy no estamos ante el partido burocrático de masas que acompañaba al trabajador de la cuna hasta la tumba, sino en presencia de partidos que atrapan los votos de todos los sectores y no transmiten ninguna identidad precisa. Aquella identidad era estrecha pero la actual es vaporosa. Por último, aquella socialdemocra-

cia no pudo evitar la guerra del 14, pero si comparamos aquella organización de los partidos obreros con la situación actual, es para echarse a temblar, como señala Domènech en su conversación con Carlos Suárez.

Viendo la fecundidad de esta obra y las reflexiones que aparecen en las entre-

vistas que Domènech ha concedido con motivo de la aparición de su libro me atrevería a pedir al autor que continúe la tarea, que siga reconstruyendo los hilos, que logre aunar la tradición socialista y la republicana. En fin que —una vez que se ha decidido a volver a casa— no ceje en el empeño.

#### NOTAS

1. Es lástima que muchos de aquellos trabajos no fueran recogidos en un libro. Por citar dos publicaciones que permiten hacerse una idea de su pensamiento propondría la lectura de su artículo «Sobre Manuel Sacristán», en el número de homenaje de la revista *Mientras Tanto* (núm. 30/31) y la entrevista en el libro *Acerca de Manuel Sacristán* de Salvador López Arnal y Pere de la Fuente, Ediciones Destino, Barcelona, 1996.

2. Con motivo de su visita a España para asistir a varios actos académicos de julio del 2004 Pettit ha sido objeto de toda clase de entrevistas en los suplementos culturales de los grandes medios (por ejemplo en el diario *La Vanguardia* del 4 de agosto 2004), suplementos que hasta ahora no se han ocupado en la misma dimensión del libro de Domènech.

3. P. Anderson, «Renovaciones», *New Left Review* (Madrid), nueva etapa, núm. 1 (2000). Me he referido a la visión de Anderson del tiempo transcurrido entre la aparición de la primera época de la *New Left* y el momento actual en mi trabajo «Cinco funciones para los intelectuales de izquierda» en el libro colectivo *Los intelectuales y la política*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2003.

4. Domènech se refiere al tema sobre todo en las páginas 130/140, al hablar de la conexión entre el antiestatismo de Marx y su raíz republicana, y en las páginas anteriores al hablar de la tradición republicana de la democracia social al constituir la Primera Internacional (124/130).

5. A.G. Santesmases, *Marxismo y Estado*, CEC, Madrid, 1986.

6. E. Hobsbawm, *Historia del siglo veinte y Años interesantes*, ambos en Crítica, Barcelona, 1995 y 2003. N. Birbaum, *Después del progreso*, Tusquets, Madrid, 2003.

7. «Reivindicación de la fraternidad», entrevista con T. Domènech por Salvador López Arnal en *El Viejo Topo*, enero 2004 y Carlos A. Suárez, «Entrevista con A. Domènech».

8. L. Araquistain *Marxismo y socialismo*, Fonta-

mar, Barcelona, 1980. Recoge los artículos de Araquistain en la revista *Leviatán* en los años treinta. En esta recopilación aparecen sus artículos sobre Besteiro, Azaña, Ortega y toda su reflexión acerca de la nueva etapa del socialismo europeo tras el triunfo de Hitler en Alemania. Paul Preston publicó una antología de la revista *Leviatán*, *Leviatán (Antología)*, Ediciones Turner, Madrid, 1976. Del propio Preston es interesante el libro *La destrucción de la democracia en España*, Ediciones Turner, 1978.

9. L. Araquistain, *La utopía de Manuel Azaña*. Dice Araquistain: «Difícil será encontrar en la historia política de ningún país y de ninguna época un hombre público tan zaherido y vituperado como Manuel Azaña en el nuestro. Si no le conociéramos y tuviéramos que juzgarle por los dictorios e inculpaciones que cierta prensa le dirige a diario, como obedeciendo a una consigna concertada, pensaríamos que muchos y graves crímenes ha debido cometer este monstruo para que así se le califique y condene» (p. 245).

Ese odio viene porque las derechas no soportan la utopía de Azaña: «La Utopía consiste en haber creído que en España era posible una república que, manteniendo la propiedad privada, diese entrada permanente o regular al proletariado. Y nadie creyó esto con más fuerza y lo defendió con más lealtad que Azaña entre los republicanos» [p. 252].

Al final del artículo afirma Araquistain: «Salvo diferencias de opinión sobre el Estado y la lucha de clases la utopía de Azaña fue también la de muchos socialistas españoles y extranjeros. Se esperaba poder ir realizando la revolución social por vías constitucionales. Ésa fue la quimera de una gran parte del socialismo internacional durante medio siglo. Pero somos ya muchos los que nos hemos curado de esa ilusión democrática y legalista» (p. 260).

10. J. Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Grijalbo, Barcelona, 1978; y J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Crítica, Barcelona, 1976. En la entrevista que aparece en el libro

sobre Sacristán afirma Domènech: «¿Dónde están los Jaures, los Mehring, los Gramsci españoles? No hay nada parecido en el anarquismo y en el socialismo español del cambio de siglo. Es verdad que la clase obrera y la plebe española han demostrado una combatividad y un arrojo extraordinarios. Pero la educación de sus intelectuales, cuando no precaria, fue, como es harto sabido, más liberal que socialista en el sentido europeo corriente de estos términos» («Acercas de Manuel Sacristán», p. 455).

En esta misma conversación Domènech recuerda las palabras de Araquistain: «El socialista Luís Araquistain lo expresó hace ya muchos años con certera crueldad: en España los que quieren no saben y los que saben no quieren» (p. 456). Como es sabido, el Araquistain del exilio vive con gran amargura tanto el abandono de las democracias europeas como el papel de la Rusia de Stalin en la guerra civil española, lo que le lleva a una abjuración de todo el proceso de radicalización de los años treinta. En esa época reniega de toda la producción teórica de la revista *Leviatán* y afirma: «Algunos amigos y yo marxistizamos un poco en la revista *Leviatán* durante dos o

tres años de la República, pero sin entrar muy a fondo en el tema y más bien con propósito de vulgarización. En suma de verdaderamente original nada» (L. Araquistain, *El pensamiento español contemporáneo*, Losada, Buenos Aires, 1962).

Así como los hay excesivamente indulgentes consigo mismos, en el caso de Araquistain nos encontramos con el fenómeno contrario. La revista tuvo una gran calidad teórica, pero en el «Siglo de los extremos» este esfuerzo de reflexión no fue suficiente, sin embargo, para evitar la tragedia y la derrota. Para conocer la evolución del pensamiento de Araquistain en el exilio es imprescindible el libro de J.F. Fuentes, *Araquistain (1939/1959)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

11. P. de Silva, «Francisco Largo Caballero» en el libro *Cara y cruz* (con Fernando Suárez), Ediciones B, 2004.

12. Sobre la personalidad de Azaña es de gran interés el trabajo de Fernando Morán en el libro *Manuel Azaña. Cara y cruz* (con Juan Vclarde), Ediciones B, 2003, especialmente el epígrafe «Un Ilustrado en una época revolucionaria».

## FRATERNIDAD Y SOCIALISMO

Jaime Pastor  
UNED

El trabajo que nos presenta Antoni Domènech en esta obra está dedicado, como él mismo adelanta en el prólogo, a proponer «una revisión republicana de la tradición socialista». El resultado de ese esfuerzo, es una aportación original que debería contribuir a reanimar un debate ideológico y político todavía bastante pobre y condicionado por miradas muy «ortodoxas» respecto del pasado.

Su tesis de que habría que «entender la tradición socialista como terca continuadora de la pretensión democrático-fraternal de civilizar el entero ámbito de la vida social», se apoya en un largo recorrido histórico-ideológico que parte de la rei-

vindicación de la idea original de *democracia* como «el fantasma espectral de la irrupción de los pobres libres en el escenario político», para fusionarla luego con el programa democrático-fraternal jacobino y su asunción posterior por el socialismo, las revoluciones de 1848, 1871, 1917 y la UHP asturiana de 1934. Como nos ha ocurrido otras veces con *De la ética a la política* y otros trabajos del mismo autor, la lectura de esta obra está llena de reflexiones y llamadas de atención sobre textos y acontecimientos que, aun siendo archiconocidos en muchos casos, se nos presentan con una mirada distinta y sugerente, asociada al hilo argumental de todo